

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



FRAY GERONIMO DE GRACIAN.



La religiosa España no puede nunca borrar de su memoria el nombre de la ilustre doctora Santa Teresa de Jesus, cuyos sublimes escritos dirigidos á la reforma de la órden carmelitana respiran la mas poética unción y santidad; tampoco debe dejar de recordar el de su virtuoso compañero en esta empresa Fr. Ge-

rónimo de Gracian de la Madre de Dios, uno de los varones mas piadosos é ilustrados de su siglo. Nacido en Valladolid el 6 de Junio de 1545, de D. Diego de Gracian de Alderete, secretario de Carlos V y Felipe II, y de Doña Juana Dantisco, hija del embajador de Polonia cerca del emperador. D. Juan Dantisco bien pronto manifestó los fervorosos deseos de consagrarse á la religion que él comprendia en su mas rigida y abstracta espiritualidad, indicando su inclinacion desde muy niño. Habiendo venido á Madrid su padre á causa de haberse trasladado la corte, estudió latinidad con los PP. de la Compañia de Jesus, cursando despues filosofia y teología, siempre con el concepto de ser uno de los mas estudiosos

jóvenes, lo que se prueba notablemente con el triunfo que adquirió teniendo apenas diez y ocho años, en que recibió el titulo de maestro en artes de la universidad de Alcalá, siendo ya bastante conocido por su mucha aplicacion á la teología, cuyas asignaturas explicaba en ocasiones, sustituyendo á los catedráticos propietarios. Cualquiera en su caso hubiera preferido una brillante posicion en el siglo, que no le hubiera sido difícil conseguir atendida la influencia de su padre con el Emperador, y mas que nada la de su abuelo, á otra mas humilde en que era preciso renunciar á las comodidades de todo género; pero Gracian, que durante el tiempo que habia tratado con los PP. de la Compañia se habia embebido en todos los austeros preceptos que constituyen la teología mística, no lo hizo así sin duda porque desde muy jóven le asistia ya aquella profunda abnegacion y desinterés que formó mas adelante el carácter de su vida. Sus acciones virtuosas, su apacible continente, y sobre todo aquel excesivo fervor apostólico de que estaba poseido, hicieron fijar en él los ojos de la multitud, que lo contemplaba con respeto, despues que con la mas espontánea y natural determinacion trató de abandonar el siglo y ordenarse como lo hizo

NUEVA EPOCA.—TOMO II.—JULIO 18 DE 1847.

de Diácono en 1566. Al cumplir apenas veinte y cuatro años se ordenó de Presbítero en el convento Real de las Descalzas de Madrid, ejercitándose con mucho provecho en la predicación, y estando á punto casi de haber entrado en la Compañía de Jesús, á la que tuvo siempre una grande inclinación. La lectura de los escritos de Santa Teresa, la gran veneración que profesaba á la reforma, y acaso el haber ingresado en el convento del Carmen Descalzo de Pastrana un amigo suyo llamado Roca, ó puede ser la idea virtuosa de afiliarse á una religión nueva que era tan fuertemente combatida, ayudando á su ilustre fundadora la inmortal Teresa, íntima amiga de su madre á quien participaba sus tristes persecuciones, le decidieron al fin á tomar el hábito de Carmelita Descalzo en dicho monasterio de Pastrana en 1572. La gran opinión que supo conquistarse de orador fácil y vehemente, su gran ascetismo y mortificación que rayaba hasta el punto de desafiar la nieve y el hielo, andando enteramente descalzo por exigirlo al principio la observancia de la regla que después permitió el uso de las sandalias con el objeto de ejercitarse en la predicación y el confesonario en los pueblos comarcas, y la prudencia con que dirigía á los novicios haciendo las veces de prior, le iniciaron para grandes cargos en su religión, que en mala hora vinieron á favorecerle. En 1577 profesó, y en el momento tuvo que dejar la vida tranquila de su convento para ir á desempeñar el destino de visitador de los Descalzos de Andalucía y el de comisario apostólico: en su camino á Sevilla restauró los monasterios de la Peñuela y San Juan del Puerto, estrechó el rigor de la clausura, notablemente relajado, y secundando los proyectos de Santa Teresa, á quien vió en Veas, y desde cuyo tiempo fué su director espiritual, trató con ella de fundar y estender el número de los establecimientos de esta orden, que comprendiendo verdaderamente su instituto, cifraban en la pobreza, en la caridad y en la virtud su único influjo. Sin embargo érales forzoso á Gracian y á la eminente reformadora, motejado el uno de *hipócrita* y la otra de *loca*, como se les calificaba por el Santo Oficio, seguir constantes por la senda que se habían trazado, siquiera tanta religiosidad fuera pagada con la prisión y el vilipendio, y aun cuando tuvieran que beber el cáliz de amargura al través de sus proyectos religiosos. Trasladados ambos á Sevilla, y ocupados en la fundación del convento de los Remedios, cuya primera prelada fué la madre Teresa, que habia establecido otros análogos en Veas y Caravaca, con sujeción á los consejos de Fr. Gerónimo, autorizado por el Nuncio para reformar estas casas competentemente; bien pronto tuvo que trasladarse á Madrid, en donde ya se forjaban contra su opinión, supuestos escandalosos, si bien recibió á su llegada el nombramiento de Prelado de los Calzados de Castilla y Andalucía, al mismo tiempo que el de Provincial de su orden la Carmelitana Descalza (1). La rigidez con que vivían estos nuevos establecimientos, impuesta por el ambicioso Provincial, como se le denominaba por sus

compañeros, levantaron contra él la animosidad de los que aun eran mas que él, en términos de que pretendieran deponerlo en el capitulo celebrado en Almodovar en 1583, y de que se acordara en el de Valladolid de 1587, que pasara á Méjico como Vicario Provincial sin mas fundamento para ello, que el que no se aceptaba de buen grado el giro que iba tomando la reforma. Bien fuera sin embargo que en tal nombramiento viera Fr. Gerónimo un destierro ó una amenaza, ó que no quisiera aceptarlo porque en él no se le confirió la potestad de prelado que tenia, el resultado fué que se negó á esta proposición formulada por sus constantes perseguidores, de los que por el pronto se evadió, marchando á Lisboa al abrigo de su patrono el Archiduque Alberto.

Grandes servicios prestó á Felipe II en esta población, en que á la sazón se agitaban los partidarios de D. Antonio, el que venia sobre ella con un cuerpo de tropas que pronto fué deshecho, pues que no solo atendía á la curación de los soldados heridos, sino que ora por medio de escritos en que defendía la causa de España, ora por la persuasión, ó cuando esta no tenia lugar por las amenazas á sus subordinados, sometía á la obediencia á los que mas temibles con las armas de la religión que con las de la guerra, concitaban al país á la insubordinación. Desde allí publicó varios folletos, procurando vindicarse de sus enemigos que querían dar á la orden una marcha tortuosa que la desnaturalizaba, y acusado por ellos tuvo que venir á Madrid, en donde le esperaba por prisión una celda, y por premio de sus servicios un proceso anómalo, que nosotros no hemos podido acertar con su causa. Su resultado sin embargo fué el de que se le condenara á ser espulsado de la orden, á causa de no haber querido aceptar el castigo que se le impuso por sus jueces, privándole del hábito y obligándole á entrar dentro de dos meses en otra igual ó mas estrecha, sopena de excomunión *ipso facto*. Mucha sorpresa causó en la corte un suceso tan escandaloso que la gente ignorante reunida en las plazuelas interpretaba de diversos modos, pero creemos no aventurar nada con decir que fué en parte debido al nuevo Nuncio Segá, el que lejos de interponerse entre el Rey y los Carmelitas con el objeto de que se tolerase (si habia motivo) cualquiera espresión proferida por el ilustre Provincial, siempre hija de su buen celo, avivó el fuego entre ambos contendientes. Gracian, sin permitir que los frailes le quitasen el hábito, lo arrojó por su propia mano (1) vistiéndose con un traje de clérigo que habia preparado, y saliendo al instante de Madrid con dirección á Roma, á donde iba á esponer sus quejas, dirigiéndose á Alicante en cuyo punto se proponia embarcar. Felipe II á todo esto se habia anticipado en advertir al duque de Sessa, su embajador en Roma, «que si aportase por allí el P. Gracian pidiese al Papa que no le oyese», y el Pontífice prevenido con esto, lo rechazó diciendo al cardenal Santa Severina que habló por él, que hacia mucho con no prenderle, y que le mandaba ingresara en el momento en una orden. Ni los Cartujos y Franciscanos, ni los Dominicos y Capuchinos, á quienes acudió, quisieron admitirlo en las suyas por un exceso de rigor que no se comprende, y en-

(1) Nos hemos fundado al consignar estos datos en la vida del P. Gracian por Andrés del Mármol, extractada de lo que de él dijo Santa Teresa; en la Historia de la reforma de los Descalzos por Fr. Francisco de Santa María, y en otra historia de aquel por Cristóbal Marquez.

(1) Francisco de Santa María, reformador de los Descalzos.

tonces el Pontífice de nuevo, bajo escomunion *lata sententia*, le forzó á entrar en la de los Agustinos, los que tampoco accedieron á ello, teniendo el desgraciado reformador que encaminarse á Nápoles, y de allí á Sicilia, en cuyo último punto esperaba mucho de las virtudes y buen juicio del conde de Olivares su virey. Su esposa efectivamente no defraudó estas esperanzas, y le concedió un asilo en el hospital de Santiago, en cuyo sitio escribió varias obras de Mística que lo hacen célebre; pero habiendo tenido que salir de esta isla á causa de un Brebe de S. S. en que de nuevo le mandaba entrar en los Agustinos, como prelado de un convento que se estableció en Roma, cayó cautivo en poder de turcos al ir á pisar ya tierra frente de Gaeta, los que después de desnudarlo lo prendieron con fuertes cadenas, conduciéndolo á una cueva.

Aun no había ceñido este hombre infortunado la corona del martirio que sus émulos y detractores le habían preparado, y la desgracia de su cautiverio, vino á colocarla sobre su frente, abatida ya con los rigores de la mas cruel esclavitud. Marchando la galea turca á Biserta, tuvo á causa del viento que cambiar de rumbo hacia una isla, en la que al momento que llegaron los cautivos, fueron atormentados con el espectáculo de ver martirizar al P. Gracian, con unos hierros calientes que los piratas le aplicaban á los pies, formando cruces en las quemaduras, las que soportó este varon paciente sin proferir un lamento siquiera. Llegaron después á Tunez, y el Bey lo eligió por su esclavo, porque habiéndose presumido que era arzobispo (*Papas* como ellos le denominaban) y pariente del Rey de España se prometía una gran suma por el rescate. Sumido en una cueva hedionda, suministraba los mayores consuelos á los demas cautivos que le acompañaban, y con el objeto de que no carecieran del pasto espiritual, fabricó en ella un pequeño altar á donde decía misa todos los dias, predicándoles después la palabra divina, con la que confortaba su espíritu desfalleciente bajo el insufrible peso de los malos tratamientos, consiguiendo traer á buena fé á una multitud de renegados y aun de turcos, á quienes asombraban sus virtudes y escesaiva humildad, bien que estuvo á punto de ser quemado vivo, por haberse esparcido la voz de que era inquisidor, á quienes los piratas profesaban una particular aversion. Su rescate era muy difícil, y el Bey no consentía en él, sino le devolvian dos corsarios llamados Matharraes y Caudali, terror del Mediterráneo que estaban presos en Italia y condenados á muerte, con la suma de 6,000 escudos que Gracian estaba muy lejos de tener. La casualidad preparó su libertad á pesar de todo por medio de un judío llamado Simon, á quienes le tenían encomendado el rescate sus amigos y parientes en Génova, el que anticipó aquella suma al Bey en un día en que estaba apurado de dinero. Fray Gerónimo llegó á Roma, implorando la caridad pública, para hacer su viaje, y arrojándose á los pies de Clemente VIII, le suplicó ordenase lo recogiera alguna Orden, á lo que el Pontífice accedió inmediatamente, absorto de la mucha virtud y austeridad de este varon piadoso, que supo manifestar á sus enemigos que les era superior en magnanimidad y en la observancia de la profesion monástica, espidiendo un Brebe á los Carmelitas Calzados y Descalzos, por el que fué admitido en el convento de San Martin, recibiendo el ti-

tulo de Maestro en la Orden. El Cardenal Deza protector de España, lo hizo su teólogo consultor, las corporaciones y monasterios le honraban con su confianza, y durante los cinco años que en esta ocasion estuvo en Roma, recibió todas las muestras de aprecio de que antes se habia visto privado. Marchó á Tetuan, con una comision del Pontífice sobre redencion de cautivos, y habiendo venido á España y visto su familia, partió desde Alicante á Bruselas en donde se proponia imprimir con mas comodidad sus obras, bajo el patrocinio del Archiduque, gobernador de los Países Bajos.

En Flandes permaneció nueve años, al cabo de los cuales murió en Bruselas en 1614, cuando se disponia á volver á su patria. El número de las obras que dejó escritas es inmenso, y algunas fueron recogidas en un volumen en folio por Andrés del Mármol, dirigidas á la hija de la marquesa de Castellar, monja en un convento de esta corte. Sus títulos tales como el de *Lámpara encendida*, de *Redencion de Cautivos*, *Leviathan engañoso*, *Victoria de la Fé*, *Discurso del misterioso nombre de María*, *Vida del alma*, *Estímulo de la propagacion de la Fé*, *Velo de una religiosa*, *Armonia mistica*, *Declaracion de las virtudes y fundaciones de Santa Teresa de Jesus*, etc. demuestran por sí solos que se ocupan de materias místicas, las que son tratadas con aquella elevacion y pureza con que acostumbraba la Doctora de Avila, con la que el P. Gracian tuvo tanto de parecido en imaginacion é ideas. En ellas se demuestra aquella perseverancia que distinguió á los dos, aquellos éxtasis en que elevan sus almas virtuosas, y aquel estilo con que su doctrina se hacia tan seductora como practicable. No por eso Gracian circunscribió sus talentos á una sola materia, pues era teólogo á la vez que humanista, matemático lo mismo que canonista, filósofo y poeta á la par que profundo Maestro de lenguas. Era tan versado en estas últimas que profesaba ademas de la mayor parte de los idiomas europeos, muchos de los de Africa y Asia, como así lo demostró en su *Abecedario de las cinco lenguas Griega, Hebrea, Arabe, Bozna y Latina*. Entre otras de sus muchas obras, sobresale, su *Arquitectura de Vitrubio*, y la *Floresta Africana*, notables por sus conocimientos y artificio.

Este religioso célebre, fué en suma, el que coadyuvó mas directamente al pensamiento de Santa Teresa, la que lo llamaba por cifra *Eliseo*, porque con frecuencia se le aparecia, segun ella afirmaba, en sus deliciosos éxtasis al lado de la Virgen, cuando esta venia á sugerirla é inspirarla en la reforma de la Orden del Carmen. Es notable el interés que esta Santa manifestaba por su confesor en las cartas que escribia á Felipe II cuando estaba preso en el Carmen de Madrid y los padecimientos que sufrió por este varon, en su concepto la columna mas firme de la reforma. Como estaba asistido de tanto fervor religioso, se distinguian sus sermones por una censura amarga de los vicios, lo que le hizo esponer su vida en ocasiones, por esforzar sus anatemas contra gentes que tenían interés en su continuacion. Por último, no hemos querido dejar de espresar todos los contratiempos de su vida, porque en ellos mas que en ninguna otra cosa puede el lector comprender la austeridad, constancia y santidad de este célebre teólogo, y la valentia con que supo conllevar aquellos.

EUGENIO G. DE GREGORIO. *nia y*

COSTUMBRES.

EL MONTE DE PIEDAD.

El origen del Monte de Piedad, para todos es muy sabido. Cosa fué de D. Francisco Piquer; modesto capellan de las monjas Descalzas Reales, hacia los primeros dias del mes de navidades de 1702: y de extraños países importada, pues ya en el siglo XII unos pobres franciscanos, de los que no conocieron la moderna *filantropía*, sino la ardiente *caridad* cristiana, tuvieron en Italia CASAS LOMBARDAS donde se remediaba al necesitado sin lucro. Felipe V tomó cartas en el negocio del capellan, dióle casa y auxilios y planteóse todo en forma con su correspondiente bambolla de reglamentos, juntas y protectorado.

Ciento treinta y seis años despues, cuando ya la economia política andaba pregonando por los rincones de nuestra patria que era ciencia de valer y que todo iba mal, el Monte de Piedad se llamó á sus adentros, reformó sus estatutos y exigió desde entonces interés de un seis por el préstamo antes gratuito.—Esto no deja de ser un adelanto.

Siempre tuvo asiento en la casa de su nombre, cuya charrigueresca portada, mas parece pepitoria de cardos y hojarasca, que cuerpo regular de arquitectura: el exterior de aquel edificio es tan sombrío como los recuerdos y pesares de las pobres familias, que allí tienen la prenda de sus amores, el aderezo de bodas, el último regalo de una madre, el fruto de sus ahorros ó el único mueble lujoso de sus desvalidas viviendas. Aquellas paredes de ladrillo pardusco quemadas por el sol de julio, enmohecidas por la lluvia, desconchadas por el viento; aquellas escaleras gastadas y aquel portal espacioso, producian en nuestro ánimo profunda tristeza y desaliento.—Cada retazo de los empaquetados en los sótanos es una fisonomía del vicio, una historia de dolores, de crimen ó de heroísmo; cada alhaja de las que se guardan en las salas encierra una traji-comedia inverosímil por sus horrores, un drama de los que se representan á lo vivo y todos los dias en la estrecha guardilla de nuestras cómodas habitaciones, en el húmedo piso del cuarto que nos sirve de base, en todas las seis mil setecientas casas que guarnecen las quinientas calles de la opulenta villa.

El presentimiento de nuestro corazón al cruzar aquella plazuela se ha convertido en negra realidad; y contar quiero á mis lectores la historia, en el estilo y tono con que llegó hasta mis oídos.

Sufrida bonachona y servicial mi planchadora, tiene el mejor corazón del mundo; muger sin pero sería, si fuese mas jóven y menos gorda, un tantico desinteresada y no tan amiga de referir sin ambages lo propio como lo ajeno. Su animada conversacion me entretiene, su estilo pintoresco y popular me encanta; gusto de sus crónicas de barrio, y ella que lo sabe, me pone muy al corriente y me cuenta ce por ce los amores, jácaras y valentías de la buena compañía que en sus arrabales mora.

Dos meses no han pasado desde que vino un día, y sin soltar apenas el cesto de entretejidos mimbres,

asentóse fieramente en mi cuarto y comenzó por el tenor siguiente á referir una congojosa historia que oprimía su corazón honrado.

—«¡Ay! ¡Señor D. José! ¡V. ha de tomar voto en el asunto, porque es amigo de los pobres y compadece desgracias ajenas! ¡Qué lástima de angelitos!, sin padre ni madre! ¡Y todos hermosos como serafines! ¡Hija de mi alma la mayor, humildita como una oveja, hacendosa y sabida como pocas! Hecha un cadáver está la pobre, con aquellos ojos, como dos luceros, y amarilla que dá compasion!...»

—Sosieguese V. Juana, y venga el suceso por el comienzo, que visos tiene de ser muy interesante. Demos finiquito á la cuenta, reciba lo sucio, apure esa copa de Peralta viejo y con despacio hable.

Hizose todo como vá dicho y dejando á un lado exabruptos, principió la planchadora de esta manera.

—«Pues señor, quedó desalquilada la última guardilla de nuestro corredor, el número 7, que cae en la rinconada y es la mas chica. Una señora viuda, con cuatro niños se vino á esta vivienda. La Anastasia que vió la mudanza, dijo que el jergon era malo, que la ropa ninguna, y que el demas atalaje bien cabía en la bolsa de los peines. Siempre las vecinas de allí somos unas; pero la señora no salía al callejon, ni su puerta se franqueaba. Al caer el sol, la mayorcita de los niños que se llama Rosa, y es una rosa de mayo salía muy de prisa á casa del maestro, porque el angelito tiene unas manos para trabajar de sastrería que es lo que hay que ver y á poco volvía con obra. Teresiya, la hijastra de la ribeteadora del cuarto bajo, se fué con ella de aprendiz y nos dijo que todo era desolacion en los adentros. La madre siempre mala y la Rosa cuidando á sus hermanos, asistiendo á las bebidas, saliendo á la plazuela, guisando, arreglando el cuarto y cosiendo hasta que el sueño la entraña que era siempre de madrugada. Pero nunca salía de sus labios una palabra mas alta que otra, en fin Teresiya llevaba camino de entrar por vereda, cuando su madrastra nunca pudo enderezarla al trabajo.

Mas como los pobres tenemos tantas contrariedades, llegó la *vacacion* y apenas le daban á la niña un pantalon por semana, y de los diez y seis reales habia de salir la comida de ocho dias, casa y botica, seda y avios, el carbon para planchar y todo. Cuatro eran á la mesa y se pasaban el día con un panecillo.

Sin saber nada, oímos una noche grandes lamentos y vimos bajar desalentada á Rosita, llorando como una Magdalena, pidiendo por Dios que acompañasen á su madre, mientras ella iba en busca de un médico. Entramos mi comadre y yo. ¡Qué desolacion de cuarto, D. José!... No habia donde sentarse, ni un ascua para un remedio: los chicos dormían sobre una manta vieja y el mayor jugaba con el cinturón estropeado de una espada. La madre tendida sobre un jergon estaba desencajada toda y con alferecía como no he visto otra. La luz de la luna alumbraba la alcoba, y aunque encendimos un cabo de la vecina, la enferma no estaba para conocer á nadie.

Pasado un rato de angustias vino el médico (porque D. Francisco nunca deja sin socorro al pobre y por eso ni tiene carretela, ni muchos haberes) nos dijo aparte, aunque lo oyó la enferma y su hija, que la señora se moría á chorros y dejó una receta larga como cuentas de necesitado y las señas de un boticario su

paniaguado. Se venían entrando las doce y cada mochuelo se fué á su olivo, yo di un pedazo de pan al chico mayor que lloraba, y dejé á Rosita abrigando las manos de su madre con el calor de su pecho.

Llegó la mañana, Rosa se acercó á la enferma, le quitó con lágrimas en los ojos un relicario que llevaba al pecho, única prenda que despues de sus trabajos guardaban, nos preguntó donde estaba el Monte y salió toda desalentada.

Llovía á mares y nuestro barrio está en la otra punta; pero sin reparar en nada fué á la plazuela de las Descalzas en dos brincos. Llegó hecha una sopa, preguntó al portero y entró en la primera sala, ignorante la pobrecilla y nueva en aquellos sitios. El alma se le cayó á los pies viendo aquel cuartucho desolado, húmedo, que recibe luz interior, como de cárcel, por una ventana que está en un rincón junto al suelo, y se llenó de vergüenza viendo tanta gente como esperaba. Levantó los ojos y leyó aquellos letreros negros que tiñen entrambas paredes, *plata y oro:—ropa*. Conoció para qué servían y se colocó debajo del primerero, en la punta de un banquillo, de aquellos larguiruchos, negros y sin respaldo que mas parecen asiento de ajusticiado que escaño para descanso. Estaba entre puertas y el agua-viento traspasaba el vestidito mojado de la niña; pero mas sentía ella oír las desvergüenzas de dos mozas del partido, cargadas de blanquete y mantequilla que disputaban con un jugador mal carado y una buscona de mal arte. Verdad es que enfrente había, segun dice, una señora de buen porte, vestida como al descuido; pero charlaba tanto con dos prenderas de al lado, que ni aun paró mientes en la hermosísima jóven. No así un estudiantuelo desvergonzado que le comenzó á echar requiebros y á darla de lo jaque con una gracia tan singular y con tan buena prudencia, que una lágrima tras otra se desprendía de los ojos de la niña representándose el estado de su madre y su envilecimiento.

D. Baldomero, el alguacil avinagrado que abre la mampara, dejaba pasar ocho de cuando en cuando y cuidaba de que nadie se adelantase, riñendo con yentes y vinientes y sufriendo pullas de todas, como siempre, porque le tienen entre ojos. Al fin le tocó á Rosita: entró la pobre en la otra sala de los retratos y se sentó ¡la tonta! la última de las diez y seis que esperaban vez, aunque bien quisiera no tener ese génio. Su pena y su inquietud crecían á cada momento: ni oía los dichos de los escribientes que á su espalda tomaban razon, ni se paraba á ver los retratos pelucos de enfrente, ni oía los desaires del sastre tasador, vejete, redondo de cabeza, caribarbado y vizco de corazon; ni la empalagosa chacota del platero, coloradillo y enamorado; ni aun se recreaba con las alhajas preciosas y las ricas telas que las prenderas y las zurcidoras de voluntades depositaban en el mostrador de al lado.

Cuando llegó su hora se dirigió al platero que acababa de pesar un cubierto y tres cucharillas y le entregó el relicario.

—«Hija mía, le dijo con cara de pascuas, esto tiene V. que llevarlo al tasador, ahí á la plazuela, está cerquita; prontito porque es tarde; como tiene engaste y un aro de plata...—El portero dará razon...—V. Señora Doña Josefa trae las cadenas de siempre; pobres prisioneras, qué afición tienen á la casa!...»

Dirigiéndose á otra conocida habia dejado plantada á Rosita el platero; y la niña salió desesperada por una ignorancia que tanto tiempo le habia hecho perder.

Atravesó la plazuela y allá le dieron razon, subió las escalerillas de horca y tropezó con la rejilla de taberna de aquel caribe. ¡Ay Señor D. José de mi vida! ¡Qué hombre aquel tan desalmado y tan brusco y tan mal alma! —«*Hoy ya no se puede*»: fué la primera palabra con que saludó á la niña sin atender á sus lágrimas, y le volvió la espalda como un puero espin: y eso que lleva un dineral por la tasa (1), que al fin si lo hiciera de valde y por caridad... Cortada Rosa, ni aliento tuvo para rogar; mas luego la necesidad y una prendera que vino en su ayuda fueron causa de que llamase segunda vez, y de que saliese un mancebo, mejor por ser mas jóven, el cual le dijo: que su prenda no se tasaba allí, porque tenia piedras, sino en casa del diamantista que debia vivir en la plazuela del Angel.

El agua seguía cayendo á cántaros, mas fuese la buena hija y despues de muchas revueltas y mucho repreguntar dió con la casa y muestra del tasador de piedras. Subió tres á tres los escalones, porque sonaron los tres cuartos en el reló de la Trinidad y se avistó con el otro Herodes que la desahució del todo diciéndola que volviese al día siguiente.

Martes era y no se empeñaba, porque los pobres, segun esos señores, no tenemos hambre mas que tres dias á la semana, y la niña, dejando su alhaja, tuvo que volver al lado de la madre moribunda sin traer la bebida, sin una libreta para aquellos angelitos. Bien lo conocimos nosotras en su desconsolado llanto, y en nuestra pobreza cada cual la socorrió como pudo.—La enfermedad se aumentaba, la receta valia diez y seis reales y hubo que dejarla en la botica: con agua de arroz pasó la señora el martes.

El miércoles llegado, salió Rosa segunda vez, fué á casa del diamantista, la recibieron mal y devolviéndole su relicario la dijeron que nada valían las piedras; mas supuesto que el engaste, cerco y respaldo eran de oro portugués podia volver al otro contraste. Resignada tomó la calle adelante y tuvo la suerte de ser la primera en la rejilla; pero aguardó mas de una hora á que el mal hombre estuviese de humor de escribir la tasa y de firmarla. Al fin se la entregaron pidiéndole cuatro reales que allí sacrifican á uno, prevaleiéndose de que son solos. ¡Para socorrer á su madre los hubiera querido la infeliz! —«*Has-ta que pague, no se entrega el relicario*». —Lloraba el ángel mio y no sabia qué hacerse.

—Quítele V. el cerco, cóbrese y deme lo demás.

—Hay que hacer otra tasa y no estamos para detenciones.

—Yo volveré con dinero del Monte.

—Si, las espaldas; estas la pegan mejor, las de carita compungida, dijo el platero á un oficial que pedía por ella.

—Madre mia! exclamó sollozando la niña.

—Que deje un pañuelo en prenda.

—No le tengo, contestó avergonzada la infeliz...

—Pues no se dá.

Una buena muger entonces, maldiciendo á aquel

(1) El uno y medio por ciento.

entrañas de perro, pagó por ella y se la llevó consigo al Monte.

Doble bulla había por ser víspera de San Isidro; las prenderas que llevan encargos de propio y ajeno; las criadas, las terceras, las mozas de vida libre, las señoras *servantas*, las pupileras sin huéspedes, los jugadores, los novios sin bolsa y los artesanos dados á las francachelas, llenaban todo el cuarto y ocupaban los asientos de la ropa, como los de PLATA Y ORO. Esperó mucho á que D. Baldomero le señalase su vez, á pesar de que su caritativa compañera era muy entremetida y la arrastraba; sentóse en el banco de los diez y seis, cobró turno, le tomaron nota de su nombre, que por ser de buena estirpe sintió la niña meterle entre tantos de gente sin vergüenza, entregó su alhaja, tomó los dineros de D. Sebastian, y salió como un relámpago.—Recogió la bebida en la botica, y cuando llegó, ¡ay señor D. José! ¡Su pobre madre se había muerto!... Tuvimos que entrar á recogerla, porque entre los chicos que lloraban, ella padecía un horroroso mal de corazón.»

Al llegar á este punto, mi buena lavandera no pudo seguir, porque las lágrimas inundaban sus ojos.—Profundamente conmovido, sin preguntarle más, hice que me llevase á la casa de su vecina donde estaban recojidos los huérfanos: tanta miseria destrozó mi pecho.

Más cuál no sería mi sorpresa y mi compasión al reconocer por el apellido y las noticias de la niña mayor, á la familia de un antiguo condiscípulo, muerto gloriosamente en las filas carlistas! ¡Qué podía yo hacer delante de tantas desgracias aglomeradas sobre las cabezas de aquellos huérfanos inocentes!

Pocos días después la Providencia vino en auxilio de mi buen deseo, y por uno de esos accidentes inverosímiles, como lo es siempre la fortuna del desvalido, se apareció un tío de Rosa que vuelto de la emigración y notificado por mí partió con aquellos niños su modesta fortuna.

Cuánto me agradece ahora las noticias que le di de los sobrinos! Rosa es un ángel, y los tres varones con sus hermosos cabellos, sus ojos andaluces y su marcialidad chistosa tienen encantado al abuelo.—Su felicidad me hace derramar lágrimas, á mí que vivo en medio de esta sociedad árida é indiferente, y Juana está loca de alegría, contenta con solo haber adquirido un nuevo parroquiano y con que le besen los chicos.

—Nunca olvidaré la trágica historia de aquel relicario, y mas de una vez he querido preguntar á la junta que gobierna el Monte de Piedad:

«¿Por qué no se empeña y desempeña en todos los días de la semana, puesto que el pobre tiene miserias el lunes como el martes? ¿Por qué no es mas cómoda la antesala de espera? ¿Por qué las tasas no son gratuitas y por qué no hay diamantista y contraste dentro del edificio y á todas las horas de empeño? Y en fin, ¿por qué el bien no se hace del modo mejor posible, puesto que así lo recomienda la caridad cristiana?»

De otra manera el Monte de Piedad es y será como el escarpelo del cirujano, que cura pero hiere y causa dolores.

JOSÉ GIMENEZ SERRANO.

La casa de Pero-Hernandez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CONCLUSION DEL CAPITULO VII.

—Yo tengo para mí, señor alcalde, que lo que ha pasado esta noche es todo obra de alguna mano oculta que tiene un decidido interés en que no se casen los chicos. En los primeros momentos de consternación, he creído lo mismo que vos; que pudiera esto ser diablería; pero ahora que estoy sereno, comienzo á pensar de otro modo.

—Pero y bien! ¿quién podría ser?...

—Yo acá para *inter nos* he notado que Aldonza estaba triste y cabizbaja, lo cual no quitaba en verdad que cuando el escudero la miraba, se animasen aquellas facciones de una manera muy significativa.

—¿Cómo? ¿el escudero? Delirio! ¿Por dónde había de pretender él...? ¡Si fuera mi sobrino el alférez!

—Y bien! ¿quién os dice que este no se haya valido de aquel para preparar á la chica? Ello es que yo he notado lo que digo, y que ora trabaje por su cuenta, ora lo haga en obsequio de otro, el tal escudero es un trucha que debeis observar con cuidado.

—Oh! pues yo lo haré desde luego, y tampoco me descuidaré por lo que respeta al alférez.

—Mirale ahora como se pasea, dando manotadas al aire y hablando como fuera de sí.

—Catalina! seguia diciendo el enagenado oficial: no lo niegues, yo te vi anoche entre aquellos ensabanados; pero por mas que trates de arredrarme, no has de conseguir suplantar á la señora de mis pensamientos.

—¿Oís, señor alcalde?

—Pues señor, nada falta en la iglesia sino el cuadro y el paño mortuario, seis hachas, cuatro cirios y veinte velas, dijo el sacristan acercándose, é interrumpiendo fuera de sazón las observaciones del cura. Lo he registrado todo con cuidado, y hasta los candeleros de plata que me habia olvidado de recojer, todo está como yo lo he dejado. ¿No les parece á vuestras mercedes robo bien singular el de esta noche?

—¿Con que ni una patena, ni un cáliz, ni...

—Nada: todo está en su lugar. Y á fé que si hubieran querido, bien podian los picaros ladrones haberse llevado.... A no ser que el autor de todo esto sea con efecto el alférez (esto lo dijo el sacristan al cura, sin que el alcalde lo pudiera oír), y no le haya sido posible proseguir adelante en el robo por haberle Dios castigado dejándole amarrado al sillón en los términos en que le hemos visto.

—Todo pudiera ser, Pacomio; pero deja eso á mi cargo.—Yo averiguaré lo que haya. Señor alcalde....

—¿Me llamais?

—Oíd. Yo tengo que decir ahora misa, y luego quiero descansar un rato. Venid á casa despues de comer, y hablaremos detenidamente sobre todas estas ocurrencias. Entretanto, ojo alerta y....

—Descuidad.

—Y sobre todo, cuenta con que nunca os volvais atrás del empeño que conmigo teneis contraído.

—Repito que esteis sin cuidado. Aldonza no será de nadie, sino de vuestro sobrino.

—Para mayor tranquilidad de ambos, yo creo que sería muy bueno que en vez de llevaros á Aldonza, la dejéis en mi casa unos días, y con esto impediríamos desde luego que las artes de la seducción...

—Esa sí que es idea magnífica.

—Pues cuenta con ello, y á Dios.

—Hasta mas tarde, señor Vicario.

Y salióse de la iglesia el alcalde acompañado del alférez que tras sus arrebatos y monólogos se habia convertido en una momia, absorba el alma en mil meditaciones, y dejándose conducir por el brazo sin hablar una sola palabra, bien que dando algunos tras pies, por donde el alcalde le queria llevar.

Las calles de la poblacion se hallaban enteramente desiertas. La alarma producida en la iglesia por las mañanas de Gavilan, habia obligado á los vecinos á meterse otra vez en sus casas hasta ver en qué paraba aquello. Así, el tránsito del alcalde á su casa fué tan libre y desembarazado, como lleno de dificultades habia sido el anterior paseo cuando vino con el cura á la iglesia. Al llegar frente á la casa del párroco, salia de ella nuestro Diego Perez, cosa que no agradó nada al alcalde, como bien se deja inferir.

—¿De dónde venis? dijo este, con acento que dió á entender á Diego cierta especie de desconfianza.

—Pardiez! contestó el escudero: de dar las albricias á vuestra esposa é hija por haber encontrado vuestra casa sin particular novedad despues del total abandono en que todos la hemos dejado.

—Ah! ya. ¿Habeis entrado en mi casa?

—Obligóme á hacerlo mi perro, que despues de correr y correr por esas calles detrás de la gente del pueblo, vió abierta de par en par la puerta, y colóse dentro.

—¿Y en dónde está vuestro perro ahora?

—Toma! ¿dónde ha de estar? En vuestra casa. Le he dejado allí, y bien atado, no sea que se me largue, y volvamos á tener otra fiesta.

—Mejor hubiérais hecho en dejar que cargue el diablo con él. Yo no quiero ese perro en mi casa.

—Eso es decirme en buena plata que tampoco me quereis á mí, sabiendo como sabeis los motivos que tengo para no abandonarle.

—Vos hareis lo que os plazca, señor Diego; mas repito que no quiero en mi casa semejante perro por huesped.

—Bueno, bueno! no hay que enfadarse. Él y yo os dejaremos en paz. Mas ¿qué diantres tiene mi amo que no habla una sola palabra?

—Diego, dijo el alférez colgándose del brazo: vamos á casa, que me siento bastante trastornado.

—Vamos enhorabuena, amo mio; pero mejoraos cuanto antes, porque el señor alcalde me ha despedido, y no quiero causarle molestia.

—Yo no os he despedido, señor Diego, dijo el alcalde dulcificando un tanto el tono con que acababa de hablar; pero ya sabeis desde anoche que el perro me infunde recelo, y no quiero bromas con él.

Con esto llegaron á casa, no sin experimentar el alcalde un involuntario terror recordando los sustos de la noche; pero viendo ahora aquel sitio restituído á su estado normal, se fué tranquilizando por grados. Nada faltaba en las habitaciones, ni vió en ellas

señal la mas mínima de la barahunda pasada. La tumba improvisada por la noche habia desaparecido, y lo mismo por supuesto las hachas, quedando recojida la mesa, las sillas cada cual en su sitio, la cocina recién barrida, y limpios y fregados los platos, como es fama que sucede siempre donde quiera que hay duendes y brujas, ó cosa por el estilo. Admirado de tanto orden, preguntó el alcalde al escudero si habia él arreglado la cocina en los términos en que la hallaba, y él contestó que de ninguna manera, pues la habia visto lo mismo cuando vino con Gavilan á fin de encerrarlo en su cuarto, para evitar, como queda dicho, que se le escapase otra vez. No satisfizo mucho al interpelante esta contestacion del escudero, mirándole como le miraba con la prevencion consabida; pero al fin no era imposible que dijese verdad, y era fuera del caso empeñarse en no pasar por lo que le decia. Preguntóle despues si habia registrado lo demás de la casa por si habia alguno escondido, y habiéndole dicho que no, pues no habia hecho sino entrar y salir despues de encerrar á su perro, pasó á reconocer escrupulosamente, ayudado de dos alguaciles y de varios vecinos del pueblo á quienes hizo llamar, todos los rincones de la casa, y no vió en ellos nada absolutamente que pudiera inspirarle cuidado. Diego sí que lo tuvo y muy grande cuando los vió descender al sótano, temiendo estuviese aun allí el altar que él habia visto; pero este se lo habia llevado quien quiera que lo hubiese traído, y el reconocimiento concluyó sin motivo ninguno de alarma ni incidente desagradable. Al contrario, hubo uno feliz, y fué hallar detrás de una puerta los calzones y demás ropa de que habian despojado al alcalde, encuentro que este celebró muchísimo, poniéndose gregüescos y gaban, y enviando sus prendas al cura. Hecho esto, mandó llamar á su muger y á la criada, diciéndolas lo del reconocimiento y que no tuviesen cuidado, quedando Aldonza en casa del Vicario, como habian convenido los dos.

No cayó en saco roto para Diego la falta de la pobre muchacha, siendo esto como un rayo de luz que vino á aclararle la causa de la displicencia del padre.

—Cáscaras! dijo él para sí. Este hombre ha notado sin duda que me iba gustando la niña. ¿Y quién sabe si el padre Vicario ha caído en lo mismo? En todo caso, bueno es que los dos me obliguen á estar sobre mí. Nada hemos perdido por eso. Apuradamente soy hombre que en esto de hacerme el sueco, no cedo la palma á ninguno.

Entretanto el pobre oficial se habia tendido en la cama con una calentura tremenda, no siendo para menos sin duda lo que le habia pasado durante la noche, siendo todavia un secreto el total de sus aventuras, salvo lo que decia relacion á la embriaguez y á los tizonazos, á su aparicion en el féretro y á su reaparicion en la iglesia. Al verle en tal estado el alcalde, echó á un lado por un momento toda prevencion contra él, y mandó que se le asistiese con esmerada solicitud. Llamado el médico, declaró que la enfermedad procedia de haberle dado las brujas algun endemoniado brebaje, y que no podia por tanto responder de su restablecimiento; pero es inconcuso, añadió, que las bebidas, cualesquiera que sean, lo

primero que dañan es la sangre, y así cuanta mas le quitemos, tanto mas pronto se podrá curar. En su consecuencia, ordenó hacerle una sangría desde luego, otra al medio día y otra al anocheecer, prohibiéndole el caldo y el agua y toda especie de mantenimiento, hasta que él mandase otra cosa. Diego observó que semejante plan daría al traste con el pobre enfermo á poco que se dilatase, y el doctor contestó que en buen hora, pero que mas valía morirse que tener el diablo en el cuerpo.

—Es verdad, replicó el escudero, y puesto que es preciso sangrarle, dejadme á solas con él, y yo le aplicaré la lanceta.

—Pues qué! ¿sois cirujano? dijo el médico.

—Y tanto, contestó Diego, que con solo el instrumento que veis (dijo esto sacando la espada), he cortado mas brazos y piernas que sangrías habeis mandado hacer en el discurso de vuestra profesion.

—Es facultativo, no hay duda, exclamó el doctor retirándose: esta endemoniada milicia siempre ha tenido hombres de provecho.

Ido el Galeno, mandó Diego traer agua caliente y una venda y agua fria además, y luego un poquito

de aceite, y tras esto un barreño y una taza, todo con el objeto, segun dijo, de proceder á la operacion que el médico acaba de ordenar. Diéronselo todo, y él observó que la primera sangría era cosa muy delicada, y que no convenia que en el cuarto hubiese ruido de ninguna especie, ni gente que pudiera distraerle del cumplimiento de su obligacion. Quedó con esto solo con su amo, y para estar mas seguro de ello, cerróse por dentro con llave. Hecho esto, acercóse al alférez, y poniéndole la venda en la frente, dióle á beber una buena taza de agua tibia mezclada con aceite, y tras ella otra taza, y luego otra, y despues otras dos ó tres mas, hasta que no pudiendo el oficial recibir mas dosis de caldo, comenzó á desquitarse devolviéndolo, con item mas el vino de la noche que en tan critico estado le tenia. Tras esto se durmió lindamente, y arropándole el escudero para favorecer la transpiracion, dispertó sano y bueno á las tres horas con no poco asombro del médico, el cual declaró ante el alcalde no haber presenciado jamás curacion comparable á aquella.

(Continuará.)

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

PELIGROS DE MADRID.



Madrid es para los oculistas la tierra de promision.